

» en Versalles, y aquí se engorda como podeis ver por mí. » Entonces le explicó la vida ordinaria y las ocupaciones de una carmelita, le condujo al refectorio y le enseñó el puesto que solía ocupar entre las demás hermanas, y el cubierto de que se servía, esto es, una cuchara de palo, un vaso de barro y una vasija de lo mismo. Admirado de lo que veía, y mas aun de lo que echaba á faltar en torno de tan gran princesa, este Rey del Norte, poseido de los mismos sentimientos que la Reina del Mediodía al contemplar en su magnificencia la sabiduría de Salomon, no cesaba de admirar la sabiduría harto preferible de una señora que sabia encontrar en la privacion su embeleso y el desprecio de toda magnificencia. Apenas daba crédito á sus ojos al ver el contento y el puro y franco regocijo de una princesa que diariamente se inmolaba á todos los rigores de una vida de penitencia. « Ni París, » ni la Francia, decia, ni Roma, ni la Italia, me han presentado nada » comparable con el portento que se encierra en el convento de Carmelitas de San Dionisio. »

Así pues, madama Luisa habia dado, en la balanza de la divina justicia, un gran contrapeso á los delitos de su siglo. ¿Quién sabe si á las heroicas virtudes de esa real vírgen debió la Francia el conservar aquella chispa de fe que la impiedad no pudo extinguir aun entre oleadas de sangre? Como quiera que sea, llegó el dia de la recompensa, y el ángel de paz, de oracion y expiacion, dejó esta morada de destierro el dia 23 de diciembre de 1787.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber opuesto tan bellos ejemplos de virtud á los escándalos de la tierra; hacednos la gracia de que imitemos á aquellos y sepamos huir de estos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no leeré jamás libros sospechosos.

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII.)

La Iglesia atacada : Estados generales; Asamblea constituyente; supresion de los Órdenes monásticas; juramento forzoso. — La Iglesia defendida : discursos y conducta de los Obispos en la Asamblea nacional. — La Iglesia atacada : saqueo y destruccion de los templos; diosa *Razon*; — defendida : Mártires en la iglesia de Carmelitas; abate Fenelon; clero de Nevers, é historia de sus persecuciones; Pio VI. — Juicio de Dios contra la Francia; — contra sus perseguidores; — particularmente contra Collot-d'Herbois. — La Iglesia consolada : eleccion de Pio VII; conversion de herejes; progreso de la Religion en los Estados Unidos; mision de Corea. — Cuadro de la Religion desde principios del siglo XIX.

Fúnebre es el cuadro que á vuestra vista nos falta desplegar, el cuadro lamentable de una nacion abandonada de Dios : ¡ojalá no sea estéril esta leccion! La liga infernal que habia jurado aniquilar el Cristianismo se reforzaba de dia en dia, hasta hacerse de moda la impiedad y el desenfreno por ella preconizados. En vano el Señor conjuró á la Francia que se convirtiese de nuevo á él; en vano le anunció por boca de sus ministros los tremendos castigos que serian el pago de su pertinacia : á estas indicaciones la cohorte filosófica esparcida por toda la haz del reino solo respondia con befa impía y con aquel clamor sanguinario que por vez primera resonó en las calles de Jerusalem pocas horas antes de morir Jesús : *¡ No queremos que reine sobre nosotros !*

Eso ya era demasiado apurar : Dios se retira. Al momento la impiedad hace de las suyas, jurando hundir en el propio abismo la Religion y la Corona. Reunidos los Estados generales en Versalles el año 1789 para excogitar medios de cubrir la deuda del Estado, la impiedad que domina en la Asamblea no tarda en manifestar su ojeriza contra la Religion : declara que todos los bienes del Clero pertenecen á la nacion, prohíbe admitir novicios en los conventos, y luego despues suprime las Órdenes religiosas apoderándose de todos sus haberes para que nunca puedan restablecerse. Las casas religiosas que á la sazón existian en Francia pasaban de doce mil, entre abadías, conventos, prioratos y demás monasterios de uno y otro sexo; fundados sucesivamente por la piedad de los reyes, de los grandes y de los particulares, rendian, segun hemos visto, notables servicios, pues diseminados por las ciudades y aldeas, y hasta por los bosques mas retirados, eran en todas partes unos asilos abiertos á la virtud y al saber, y la mayor parte contenian monumentos anti-

guos, depósitos literarios y otros objetos de valía : pues bien , todas esas admirables fundaciones , tan gratas á la juventud , al infortunio y á las diferentes clases sociales , desaparecieron junto con los tesoros que encerraban , y la piqueta revolucionaria del Filosofismo destruyó en un instante la obra de tantos siglos <sup>1</sup>.

Destruído ya el orden monástico , la impiedad dirigió sus ataques contra la misma Iglesia ; pues todo enemigo cuando ha arrasado las obras exteriores , endereza sus tiros contra el corazón de la plaza. Trazó , pues , la Asamblea un acta cismática con el nombre de *Constitucion civil del Clero* , en la que exigía que todos los miembros de este jurasen conformarse á su tenor , esto es , á abjurar la fe católica y la sumision debida á la Santa Sede. Mas , como Dios desde el alto cielo velase aun por la suerte de la Francia , porcion escogida de su patrimonio , desbarató en breves momentos la trama de la impiedad , haciendo que algunos heroicos confesores de la fe diesen uno de los espectáculos mas sorprendentes que la historia de la Religion pueda recordar. Llegó el día señalado por el decreto , de que todos los eclesiásticos que formaban parte de la Asamblea , nominal é individualmente prestasen ante el Cuerpo legislativo juramento de sostener la Constitucion civil del Clero , ó segun hemos indicado , de renunciar solemnemente á los verdaderos principios de la fe católica. Sus enemigos no habian perdonado medio para asegurarse el triunfo y preparar su derrota , habiendo allegado en el salon y en sus avenidas una horda de sicarios pagados , los cuales despues de prodigar denuestos y amenazas á los prelados y sacerdotes fieles que iban entrando en la Asamblea , llenaban los ecos con estas vociferaciones de muerte : « Al farol los obispos y los clérigos que se nieguen á prestar el juramento. »

Avisado por esta señal de que era tiempo de empezar el ataque , el presidente se levanta , y coge la lista de los eclesiásticos que no habian querido jurar. El primer interpelado es Mr. de Bonac , obispo de Agen : « Señores , responde este Prelado , poco me importa sacrificar » mis intereses ; pero lo que no puedo sacrificar es vuestra estimacion » y mis convicciones ; y estoy seguro que perderia unas y otras si » prestase el juramento que se me exige. » Esta breve contestacion hecha en tono decente y grave excita por un momento la admiracion , ó mejor , reprime y suspende los primeros efectos del coraje de la izquierda <sup>2</sup>.

El presidente llama á Mr. Fournel , de la diócesis del mismo Prelado , digno párroco , cuyas palabras son las siguientes : « Señores , pa-

<sup>1</sup> *Compendio del Memorial de la Revolucion*, pág. 221.

<sup>2</sup> Dábase este nombre á la fraccion de la Asamblea que ocupaba el lado izquierdo del salon , y que era la que se habia propuesto *descatolizar* á la Francia.

» rece habeis querido volvernos á los primeros tiempos del Cristianismo : ¡ sea enhorabuena ! Yo , con toda la sencillez de aquella » venturosa edad de la Iglesia , diré que me glorio de seguir el ejemplo que mi Obispo y señor acaba de darme , y que siguiendo sus » huellas , como el diácono Lorenzo siguió las de su obispo Sixto , le » acompañaré al martirio. » — Al oír esta respuesta empezaron á arrepentirse de haber dado al Clero ocasion para que tan pública y solemnemente atestiguase su constancia en la fe ; pero creyendo que no todos harian gala de igual firmeza , llamó el presidente á Mr. Leclerc , cura de Cambre , diócesis de Sééz. Su respuesta fué levantarse y decir : « Nací católico , apostólico y romano , y en esta profesion de fe quiero » morir , lo cual no podria , si prestase el juramento que me exige. »

Á unas declaraciones tan firmes y categóricas la izquierda pierde ya los estribos , y para hacerlas cesar , pide se declare finido el llamamiento nacional. Entonces Mr. Baupoil de Saint-Aulaire , obispo de Poitiers , temiendo se le prive de una ocasion tan magnífica para rendir testimonio á la fe , y lleno de una solicitud que aligera el peso de sus años , sube á la tribuna , y encarándose con el presidente reclama silencio y dice : « Señores , tengo setenta años , y treinta y » cinco de obispado : sabed que no deshonraré mis canas firmando » vuestros decretos , y por tanto declaro que no quiero jurar. » Todo el Clero de la derecha se levanta en masa , aplaude , y dice hallarse en igual disposicion. La rabia y el despecho se pintan en el rostro de los miembros de la izquierda ; dejando sus asientos forman corrillos para convenirse en el modo de paliar la vergüenza de su derrota , y desvirtuar el brillante efecto de la constancia del Clero ; mientras el eco de sus clamores llena el salón , por defuera se oye la gritería de los asesinos clamando : « ¡ Al farol los obispos y curas que no juraren ! » Entre tanto , estos curas y Obispos , serenos é impassibles , aguardan que sigan los llamamientos nominales tan preciosos para su fe , y piden y reclaman que se lleven adelante : así los Confesores de la primitiva Iglesia desafiaban á sus tiranos.

Sin embargo , de las tumultuosas deliberaciones de la izquierda sale una mocion , que Gregorio , otro de los juramentados , se encarga de explanar en la tribuna. Empieza arengando al Clero de la derecha y esforzándose en persuadir que la intencion de la Asamblea nunca fué atentar á la Religion ni á la autoridad espiritual ; que el juramento á nada compromete contra la fe católica. « Pedimos , respondan los Obispos y sacerdotes , que esta explicacion se convierta » en decreto. » Ese era el medio de paliar hasta cierto punto los ultrajes irrogados á la Religion , pero la parte dominante de la Asamblea tenia muy diversas intenciones. Rehusando consignar la explicacion , pide tumultuosamente que en vez de llamar por sus nombres á los

del Clero, se les haga una intimacion general de prestar el juramento. Retirado, pues, el anterior decreto, el presidente declara: « Que todos los eclesiásticos que aun no hubieren jurado, se levanten y se acerquen á hacerlo; » pero ninguno se levanta, ni acerca.

Al ver una resistencia tan invencible, los jacobinos pasan de la vergüenza á la desesperacion, y para vengarse de la ignominia que los cubre, decretan sobre la marcha que el Rey mandaria elegir otros obispos y párrocos en lugar de los que se hubieren resistido á jurar. Esta ley tiránica no impide que los sacerdotes, no jacobinos, que antes creyeran poderse eximir del llamamiento jurando con ciertas restricciones, vuelvan de su error y procuren enmendarlo incitados por su conciencia, viendo la digna entereza de sus colegas y no pudiendo ya disimularse la guerra abierta que se le declara por la obstinada negativa de la Asamblea en admitir toda explicacion favorable á la Religion. Muchos de ellos se acercan á la tribuna y se retractan en voz alta de un juramento que ya no pueden dudar es el de la apostasia; todos los demás que habian flaqueado como ellos se unen á la retractacion y quieren ponerla sobre la mesa, pero no les es admitida; insisten, y otra vez son rechazados; con todo, la voz de la imprenta hace pública el dia siguiente su conversion.

Así terminó este combate para siempre memorable, en que á la faz de una Asamblea encarnizada y á pesar de las amenazas de un populacho sin freno, el colegio de Obispos y sacerdotes dió el sublime espectáculo de la profesion de fe mas solemne y auténtica que se halla registrado en los anales de la Iglesia. Salieron del tremendo Senado al través de las amenazas y vociferaciones de los sicarios, cuyo furor apenas contenia una escolta numerosa, pero ellos salieron gozosos del concilio porque habian sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús\*. Sus enemigos desconcertados no pudieron menos de rendir á tanta firmeza el tributo de su admiracion, y uno de ellos hubo de exclamar: « Si les hemos cogido su dinero, ellos han conservado » su honra. »

Para vengarse, la impiedad revolucionaria se puso á talar y saquear los lugares santos; cayeron bajo el martillo de los demoleedores mas de cincuenta mil iglesias, capillas y oratorios; otras fueron convertidas en habitaciones, almacenes, guaridas de usureros y agiotistas, caballerizas, salones de baile, y algunas tambien, bajo el nombre de clubs, en cavernas de impíos y asesinos. Las campanas, las cruces, los incensarios, los cálices y otros vasos sagrados, y toda la plata de los templos, fueron rotos, tronchados y robados por los representantes del pueblo. De la sola diócesis de Nevers, Fouché se llevó á París varias cargas, una de ellas compuesta de mil noventa y un marcos de oro y

\* Act. v, 41.

plata, y otra de diez y siete cofres todos llenos de objetos de los propios metales sacados de las iglesias\*.

No contentos los impíos con embestir á Dios en sus templos, osaron conculcar su misma divinidad, sustituyendo al culto divino el de la Razon. Vióseles pasear triunfalmente en un carro, y colocar despues en el altar mayor de la metrópoli de París, á una ramera adornada de guirnaldas de roble, teniendo en la mano una pica, en la cabeza el gorro frigio, y á los piés un Crucifijo; y dióse orden para que esta impiedad execrable se imitase en todas las ciudades, villas y lugares de Francia. Felizmente no toda la nacion secundó tan sacrilego conato, y muchos eclesiásticos conservaron á escondidas entre las familias algunas chispas de la fe, y sostuvieron el valor de los fieles.

Tornóse entonces contra ellos la rabia de la impiedad. No basta la lengua humana á expresar todas las crueldades de que fueron blanco, y seria preciso tener otra para que se formase idea de tan inauditos horrores. Muchos de ellos arrestados en París ya en agosto de 1792, fueron trasladados á diferentes cárceles ó conventos transformados en mazmorras; y en la noche del 2 al 3 de setiembre, una turba de degolladores, previamente excitada por bebidas y licores fuertes, fué conducida á la casa de la ciudad y á las prisiones, donde, fusil y sable en mano, cual manada de tigres sedientos de sangre, se precipitó sobre las inocentes víctimas señaladas á su furor, durando la degollina hasta el dia 7, y siendo de ella víctimas tres obispos y mas de trescientos sacerdotes.

Uno de los obispos sacrificados era Mr. de Dulau, metropolitano de Arles, otro de los que mas ilustraron á la Iglesia francesa por sus luces y virtudes, á quien los mismos impíos no pudieron rehusar su estimacion. Cuando estaba encerrado en la iglesia de los Carmelitas con otros ciento y veinte eclesiásticos aguardando el momento de que fueran á matarlos, propusieronle distintas veces que se aprovechara de su valimiento ó que alegara á lo menos sus enfermedades para ser trasladado á su casa. « No por cierto, respondió, estoy aquí perfectamente y en muy buena compañía. Tal se hallaba en verdad, que no solo nada pedia para sí, sino que se aprovechaba del ascendiente de su dignidad para que los demás presos fuesen asistidos antes que él. En la tercera noche de su detencion aun no tenia cama, y no pudieron hacérsela aceptar, porque habiendo contado los colchones vió que no habia para uno que acababa de llegar.

\* Léese en el Monitor de 14 de noviembre de 1793: « En medio de aplausos generales y á los gritos de ¡Viva la república! se introduce en el salon de sesiones de la Convencion una gran caja llena de escudos arrastrada por diez hombres, y el contenido de un carro lleno de oro y plata procedente del departamento de Nièvre. » — En el número siguiente añade: « El departamento de Nièvre trae por tercera vez un rico presente á la patria compuesto de novecientas mil libras en numerario y mas de dos millones de plata labrada. »

Los bárbaros carceleros se complacian en ultrajarle por ser el mas alto en dignidad; pero su religiosidad y paciencia le hacian como insensible á todas las tropelías, y lejos de quejarse se tenia por el mas dichoso, puesto era el mas atormentado. En la víspera del día fatal, un asqueroso gendarme fué á sentarse con insolencia á su lado, y entre crueles pullas y groseras impiedades le dijo: « ¡Amigo, estará V. » perfectamente en la guillotina! » Despues se levantaba y le hacia profundas reverencias, dándole por burla sus títulos de nobleza y de particular, que la Asamblea habia ya abolido: « Monseñor, decia, » mañana se cortará el cuello á V. Ema. » Irritado y desconcertado al ver la calma del paciente Arzobispo, encendió su pipa, y sentándose otra vez junto á él, echábale al rostro bocanadas de humo. Cuando el Prelado no pudo resistir, mudó de sitio; pero el tenaz verdugo le fué siguiendo, y duró esta cruel escena hasta que su misma obstinacion quedó vencida por la paciencia de la víctima. Este grande hombre tenia tal presencia de espíritu y se hallaba tan dispuesto á ofrecerlo á Dios, que habiéndole despertado por la noche uno de los presos, alarmado por algun ruido, diciendo: « ¡Monseñor, ya llegan los asesinos! » respondió tranquilamente: « Que lleguen; si el buen Dios quiere nuestra vida, el sacrificio debe estar consumado; » y dicho esto se durmió.

Quando el domingo 2 de setiembre llegaron los bandidos para asesinar á los presos, el Arzobispo de Arles, hallándose en el huerto del convento, junto á un oratorio, con el Abad de Panonia, oyó que este clamaba al ver el brillo de las armas: « Ahora sí, Monseñor, que creo » nos vienen á asesinar. — Querido, ¡cómo ha de ser! respondió; si » llegó el momento de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gracias al Señor que se digna aceptar nuestra sangre por tan bella causa. » Mientras esto decia, llegan los asesinos gritando: « ¿Dónde » está el Arzobispo de Arles? » Él los aguardaba en el mismo sitio sin inmutarse; y acercándose mas: « ¿Eres tú? » le dijeron al Abad de Panonia. Viendo que este juntaba las manos y bajaba los ojos sin responder, dirigiéronse á Mr. de Dulau: « Tú, malvado, ¿eres el Arzobispo? — Sí, ¡yo soy: — ¡Ah, tunante! ¡con que tú eres el que » hizo derramar tanta sangre en la ciudad de Arles! — Señores, no » creo haber hecho mal á nadie en mi vida. — ¿No? ¡pues yo voy á » hacértelo á tí! » repuso uno de los descamisados. Y diciendo esto, descargó un sablazo sobre su cabeza, que el Prelado recibió impasible, vuelto hácia él, aguardando que secundara el golpe. Entonces otro asesino se adelanta y le cruza la cara de otro sablazo; el pobre Arzobispo sin proferir un ay, sin dar siquiera un paso adelante ó atrás, se contentó con llevar las manos á la herida, y solo al recibir otro golpe en la cabeza cayó apoyando un brazo en el suelo, como para impedir la violencia de la caída, y en fin recibió al pecho una lanzada tal,

que el hierro no pudo volver á salir. El héroe de esta mañana puso un pié sobre el cuerpo del Prelado, cogió su reloj, y lo alzó enseñándole á los demás cual precio de su triunfo.

Tal fué el martirio de ese buen Prelado, el cual sacrificando sin cesar sus gustos á sus deberes, solo conocia las dulzuras de la sociedad para privarse de ellas, y solo se servia de sus riquezas para socorrer á los indigentes, no gustando otro placer que el de hacer bien. No es extraño, pues, que los jacobinos encargasen á sus emisarios inmolarle cual primera víctima de su furor, pues los hombres que mas odiaban eran precisamente los mas adictos á la Religion y los que así podian defenderla con su talento como honrarla por su virtud, en cuyo concepto uno de los preferentes era el Arzobispo de Arles.

Bien pronto siguieron sus huellas los Obispos de Saintes y Beauvais, inhumanamente asesinados como él, aunque vertiendo gustosos su sangre por la fe; y si los demás Prelados de Francia se eximieron de correr igual suerte, fué por haberse con tiempo puesto á salvo, prefiriendo la expatriacion y la pobreza al goce de sus bienes y dignidades, que no hubieran podido conservar sin rebelarse contra la Religion, con lo cual dieron una prueba de que en caso extremo tambien hubieran preferido la muerte á la apostasia.

La persecucion, empezada en las cárceles de París, fué extendiéndose por toda la capital y por las provincias; pero entre los atentados mas odiosos y que mas atraen la maldicion del género humano sobre la impiedad revolucionaria, es preciso señalar el asesinato del venerable abate Fenelon, tan justamente llamado *padre de los huérfanos*. Este sacerdote, entre toda la familia el mas parecido por sus virtudes al grande Arzobispo de Cambrai, hacíase singularmente admirar por su celo en el socorro y enseñanza de los pobres conocidos en París con el nombre de *saboyardos*. Amábales como á hijos y asistiales á todos, pero con especialidad favorecia á los niños por ser los mas necesitados y los mas ocasionados á cualquier percance. Tenia en su casa un almacen de camisas, zapatos y vestidos para el uso de estos infelices, y además varios utensilios propios para que se ganasen la subsistencia, los que repartia entre ellos segun sus necesidades. Podian entrar en su casa en toda ocasion, y debian hacerlo á horas determinadas, ya para pedir lo que deseaban, ya para dar cuenta de su conducta, ya para oír lecciones de moral y de religion. Quando habia algunos debidamente instruidos, señalaba un domingo para administrarles la primera comunión, á cuyo efecto les preparaba con algun tiempo de retiro durante el cual procuraba se reconciasen con Dios en el tribunal de la penitencia, y, á fin de que la limpieza del cuerpo correspondiera á la pureza del alma, les daba un vestido nuevo. Celebrábase despues la ceremonia con mucha pompa, siendo regularmente un obispo el que les comulgaba por la mañana,

y un hábil predicador el que les arengaba por la tarde, despues de lo cual reiteraban los votos del Bautismo. Este aparato religioso heria al vivo su imaginacion y sus sentidos, haciendo en su ánimo una impresion tal, que ya no volvia á borrarse.

El espíritu de celo y caridad que al abate Fenelon animaba, les inspiró un medio especial para que los pequeños saboyanos se condujesen debidamente, y fué regalarles unas medallitas de cobre con una leyenda al mérito; pero para obtenerla era preciso ganarla, y esto no se conseguia sino tras reiteradas pruebas de docilidad y buena conducta. El premiado conservaba la medalla como un objeto precioso, engalanábase á veces con ella, y no dejaba de exhibirla siempre que necesitaba de recomendacion, siendo además conocida de los agentes de policia, en cuyo concepto servia mucho al poseedor en algun apuro.

Á tantas obras buenas apenas alcanzaba la renta del generoso patrono, reducida á un módico priorato; pero cuando habia agotado sus recursos y particularmente en épocas calamitosas, hacia cuestras en la corte y en la ciudad y tambien en las casas nobles donde tenia entrada. — « Hay diseminados muchos hijos míos por todas las calles » de París, decia ingenuamente á las personas á quienes imploraba, y pido socorros para atender á las necesidades de esta pobre y numerosa familia. » Por esto el mundo le daba el honorífico dictado de *Obispo de los pequeños saboyanos*.

Parece que un hombre tal, un padre tan tierno de los hijos del pueblo, debiera ser no ya respetado, sino amado y protegido por aquellos que se titulaban exclusivamente amigos del pueblo; pero pronto manifestaron los impostores que su cacareada amistad no era mas que la vana pantalla de su ambicion. Á pesar de los continuos servicios que á los huérfanos prestaba, el abate Fenelon fué detenido como sospechoso, á la edad de ochenta años, y conducido á las cárceles del Luxemburgo. Sus protegidos no bien supieron esta novedad, llenos de dolor resolvieron presentarse en masa á las puertas de la Asamblea nacional para reclamar que fuese soltado, á cuyo efecto hicieron redactar una peticion en la que se vertian algunas especies que su cariño rechazaba, pero que se consideraron indispensables para el buen logro de la pretension. El dia 19 de enero de 1794 presentábase, en efecto, delante de la temible Convencion, con su memorial en la mano, y, siendo imposible dejar de oírles, uno de ellos, llamado Fermin, toma la palabra en nombre de los demás y dice:

« Ciudadanos legisladores: Bajo el imperio del *despotismo* los saboyanos nos necesitaron el apoyo de la Francia, y un anciano respetable les sirvió de padre. La vigilancia de nuestra conducta, los elementos de nuestra industria, nuestra propia subsistencia, estuvieron mucho tiempo pendientes del celo benéfico de este patrono que era sacerdote y noble, pero afable y compasivo, y por consiguiente

» buen *patriota*. Este sugeto, tan caro á nuestros corazones, y no dudamos decirlo, aun á la humanidad, es el ciudadano Fenelon, de ochenta años de edad, detenido en el Luxemburgo como medida de seguridad pública. Estamos lejos de condenar esta medida, y acabamos la ley, pues los magistrados no tienen obligacion de conocer al buen anciano como le conocen sus hijos. Lo que nosotros pedimos, ciudadanos representantes, es que plazca á este *augusto* Senado poner en libertad á nuestro padre, bajo *nuestra responsabilidad*. No hay ninguno que no se halle dispuesto á ocupar su lugar, y aun todos juntos nos ofreceríamos á ello si la ley lo autorizase.

» Dado caso que nuestra sensibilidad pudiera graduarse de indiscreta, disponed á lo menos, ó ciudadanos legisladores, que se abra un pronto debate sobre la conducta de nuestro padre, pues que entonces sin duda vosotros mismos aplaudiréis sus virtudes *civicas*, proporcionando á sus hijos el dulce consuelo de habérselas hecho conocer, y á este buen padre el de recibir tan acendrada prueba de vuestra *justicia* y gratitud. »

El memorial tal cual venia redactado y acababa de ser leído, suscrito por el mismo *Fermin*, « en nombre de los demás, » se puso sobre la mesa. La asamblea por toda contestacion mandó pasarlo al comité de *seguridad pública*, que era como remitirlo á los que deseaban la muerte del preso, de manera que al oír este acuerdo, uno de los saboyanos no pudo menos de exclamar: « ¡Al comité de seguridad pública! ¡ya no hay remedio para nuestro padre! Ciudadanos legisladores: habeis anunciado la paz á las cabañas y la guerra á los castillos; pero ¿no perdonaréis al santo abate Fenelon el haber nacido en un castillo, cuando durante sesenta años fué el amigo y el bienhechor de las cabañas? » Este acento de dolor filial no hizo impresion alguna á los feroces *sans-culottes*.

Creciendo el terror cada vez mas, ya vió el abate Fenelon ser necesario prepararse á sacrificar su vida; redoblando, pues, de fervor en sus piadosos ejercicios, hizose modelo de resignacion para todos sus compañeros de cautiverio, de suerte que, inspirados por su ejemplo, muchos entraron en sus sentimientos, se confesaron con él, y con él se dispusieron á bien morir. Era llavero de la cárcel uno de aquellos niños saboyanos que el buen Abate habia instruido y favorecido, el cual viendo á su bienhechor entre las víctimas destinadas á perecer, corre fuera de sí, y lo abraza estrechamente clamando: « ¡Padre, padre mio! ¿V. condenado á muerte? ¿V. que no ha hecho mas que bien? » Y estrechándole siempre con mayor fuerza, le cortaba el paso, y queria arrancarle de las manos de los gendarmes. — « Consuélate, le respondió el buen anciano; la muerte no es un mal para el que ya no puede ejercer el bien: tu sensibilidad en este momento es la mejor recompensa para mi corazón. Adios, José, acuér-

» date de mí alguna vez. — ¡ Ah, señor, responde llorando el man-  
» cebo, no crea V. que nunca pueda olvidarle ! » En premio de su  
» piedad filial le quitaron el destino que desempeñaba.

Otro de los mismos saboyanos, detenido tambien como sospechoso,  
fué á arrojarle á las plantas del abate Fenelon diciendo con los ojos  
arrasados en lágrimas : « ¡ Cómo, padre mio ! ¿ Tambien V. ? — No  
» llores, querido, respondió afectuosamente el anciano ; decreto es  
» del cielo. Ruega por mí ; si acaso voy á la gloria, y así lo espero de  
» la gran misericordia de Dios, no dudes que tendrás en ella un es-  
» merado valedor. »

Condenóle el tribunal de sangre el dia 28 de junio de 1794. Colo-  
cado en la fatal carreta con otras sesenta y ocho víctimas, oxfordóles  
durante el camino á detestar sus faltas, á poner su confianza en Dios  
y á hacerle resignadamente el sacrificio de su vida, y al llegar al pié  
del patíbulo, reanimó su celo y sus fuerzas exhortándoles á formular  
con buen ánimo el acto de contrición, despues de lo cual pronunció  
sobre ellos la sagrada fórmula absolutoria. Testigos presenciales ase-  
guraron que el ejecutor quedó tan impresionado por el venerable con-  
tinente del Abate, que se inclinó como los demás, y todos los injusticia-  
dos llamaron la atencion de los espectadores por su resignacion al  
recibir el golpe mortal. Tal fué la muerte de ese pobre octogenario,  
que vivió solo para honrar á la Religion por medio de sus virtudes, á  
la humanidad por medio de sus servicios, y cuya vida sencilla, aun-  
que activa, oscura, aunque colmada, fué otra prueba de que un solo  
sacerdote animado del espíritu de su estado hace mas bien en un solo  
dia que todos nuestros noveles doctores reunidos, tan ricos en pro-  
yectos y tan fecundos en *ideas liberales*.

Mientras el abate Fenelon y muchísimos sacerdotes con él firmaban  
la fe con su sangre en los patíbulos, otros todavía en mayor número  
ratificábanla en oscuros calabozos donde la impiedad revolucionaria  
los habia hacinado, pudiendo contarse á millares estas víctimas con-  
sagradas. Referir las privaciones, los ultrajes, los disgustos, las tro-  
pelías que padecieron, seria asunto imposible ; jamás los presidios de  
Constantinopla y Túnez presenciaron tales horrores, y apenas los pri-  
meros cristianos encerrados en las cuevas de Neron y de Diocleciano  
pudieran comparar su suerte con las de nuestros modernos Mártires.  
Baste saber que la impiedad furibunda por no haber podido doblar  
la entereza de los eclesiásticos y recabar de ellos un juramento sacri-  
lego, dió á sus esbirros la orden satánica de *exacerbar su paciencia*.

Oigamos á uno de estos venerandos Confesores, último que sobre-  
vivió á tantas víctimas <sup>4</sup>, quien va á referirnos lo que por sí mismo

<sup>4</sup> Mr. Imbert, arcipreste, canónigo y actual párroco de la catedral de Nevers. —  
Fallecido en 1844. (Nota de la quinta edicion.)

vió y pasó. La suerte de los sacerdotes fieles de las varias diócesis de  
Francia, aunque diversa de la de los de Nevers en circunstancias ac-  
cesorias, fué idéntica en el fondo, viéndose do quiera por un lado la  
cárcel, la miseria, el oprobio para lo presente y la muerte en pers-  
pectiva, y por otro la resignacion, una paciencia angelical, la sereni-  
dad y hasta el contento. Así el relato particular que vamos á leer  
puede mirarse como la historia general del Clero católico francés  
desde el año 1792 al 1795. Los cristianos primitivos oian leer con  
profundo respeto las actas de los Mártires adquiriendo con ello nue-  
vos bríos ; recojámonos, pues, tambien nosotros para leer estos ren-  
glones escritos por un Confesor de la fe sobre las húmedas pajas de  
la prision :

« Despues de detenidos quince meses, ya en la abadía de Nuestra  
» Señora, ya en el gran Seminario, habilitado para cárcel, supimos  
» se habia dado orden de deportarnos á la Guyana y conducirnos á  
» Nantes para ser embarcados. Los carceleros y los miembros del co-  
» mité se apresuraron á porfía á arrebatarnos nuestros efectos, y lo  
» poco que se dignaron dejar fué llevado á un bote que nos aguar-  
» daba junto al puente.

» Llegó el dia de la partida, 44 de febrero de 1794 : acababan de  
» dar las nueve cuando recibimos orden de bajar. Éramos cuarenta  
» y ocho, los treinta y dos mayores de sesenta años : amarráronnos  
» con grilletes de dos en dos, y nos hicieron pasar entre dos filas de  
» guardias nacionales, los cuales vomitaban injurias contra nosotros.  
» El pueblo, que nos aguardaba en tropel por la calle y en el muelle,  
» no pudo ver sin emocion tantos sacerdotes, la mayor parte encane-  
» cidos, cargados de cadenas como unos criminales y conducidos á  
» la muerte por el solo delito de ser eclesiásticos, y muchas lágrimas  
» corrieron en esta ocasion. Cuando yo iba á descender al bote, mi  
» madre quiso verme por la última vez, pero aunque ofreció una  
» buena suma á la mujer del carcelero, no se lo permitieron.

» Hacináronnos en una barca estrecha, en la cual se hallaban ya  
» trece eclesiásticos procedentes de otras cárceles de la ciudad, y con-  
» denados cual nosotros á destierro, de modo que éramos sesenta y  
» uno ; y despues de saludarnos, y de echar una mirada á la ciudad  
» que nos viera nacer, al seminario que nos habia servido de cuna  
» sacerdotal y luego de cárcel, y de dar desde lo mas íntimo del co-  
» razon el último adios á todo lo que nos era querido, completamos  
» nuestro sacrificio y aguardamos en paz el momento de la partida.  
» Venia cerca de la nuestra otra lancha con diez y seis milicianos en-  
» cargados de escoltarnos, ó mejor, de robar el poco dinero que nos  
» quedaba y hasta nuestro menguadísimo rancho. El cuidado que po-  
» níamos en ablandarles, compartiendo con ellos lo poco que nos pa-  
» saban cada dia, solo servia para hacerlos mas bárbaros, de suerte